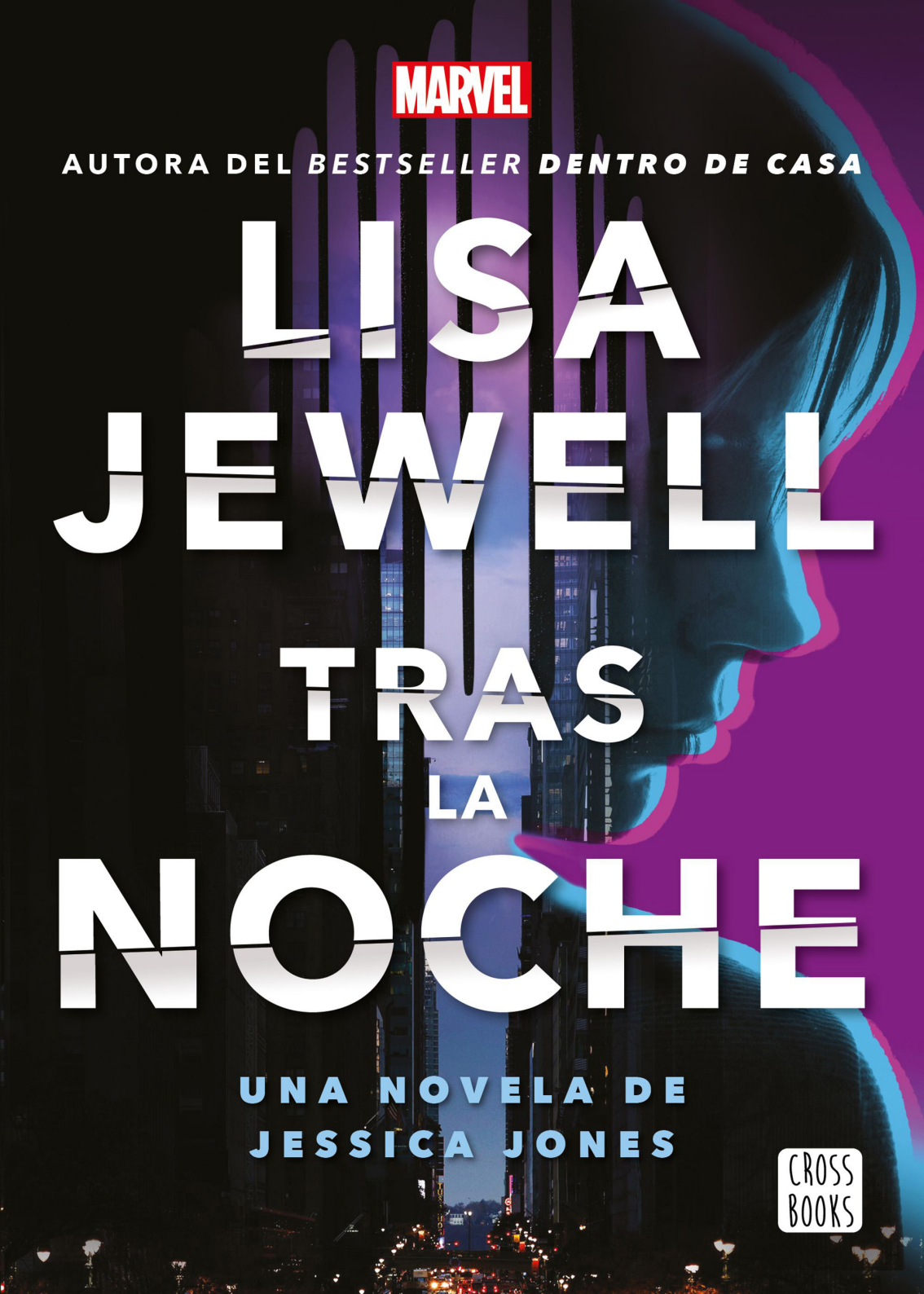




MARVEL

AUTORA DEL BESTSELLER *DENTRO DE CASA*

LISA JEWELL TRAS LA NOCHE

UNA NOVELA DE
JESSICA JONES

CROSS
BOOKS

MARVEL

TRAS LA NOCHE

**UNA NOVELA
DE JESSICA JONES**

**LISA
JEWELL**

**CROSS
BOOKS**

UNO

JESSICA GIRA A su costado y parpadea en la oscuridad. Las cortinas están abiertas, pero el cielo afuera es tan oscuro que pareciera que estuvieran cerradas. No es de noche, sino que una tormenta azota Hell's Kitchen, negra amoratada e intensa.

El reloj junto a su cama le dice que son las nueve con un minuto.

Su cabeza le recuerda que bebió su último trago hace unas cuatro horas.

Se levanta de la cama con pesar y escucha las primeras reverberaciones distantes de unos truenos provenientes de algún lugar lejano de la ciudad.

Café: negro, cargado, quemado. Un plato de Cheerios con leche helada del refrigerador. La tormenta se avecina; el cielo resplandece con un destello blanco eléctrico y Jessica se sobresalta —derramando leche de su plato y salpicando el piso— mientras un relámpago parte el universo a la mitad. Durante un instante se pregunta por qué hay una tormenta tan temprano, pero después piensa: «¿por qué no?». El mundo entero ha estado sumergido en tanto drama últimamente; las personas siempre están alteradas, siempre

en busca de peleas y separación. Las cosas se mueven tan rápido, las teorías vienen y van, nacen superestrellas y después las cancelan, tecnología, modas y política; todo se arremolina en círculos de locura mientras el planeta se prepara para reducirse a cenizas y, sí, ¿por qué no habría de cernirse una tormenta matutina, lúgubre y siniestra, sobre Hell's Kitchen durante una mañana fresca de octubre? ¿Por qué no?

Su vecino Julius acaba de adoptar un gato, y tres días después tuvo que salir a visitar a un familiar enfermo. Jessica le debía un favor, así que él le pidió que alimentara al gato. Se llama Speckles.

Jessica tiene una cita a las 9:45 escrita en su calendario y ahora son las 9:20. Necesita una ducha y otro café, pero piensa que será mejor ir al departamento de su vecino y lidiar con Speckles primero.

Toma la llave del departamento de Julius y camina descalza por el pasillo, dejando su puerta recargada en el cerrojo tras ella. Lleva puesta una camiseta que aún huele a las alitas de pollo de anoche, con la que se había limpiado sus dedos grasosos, pero también huele al detergente de Luke, su no-tan novio. En realidad, es su para-nada novio, pero es lo suficiente para terminar quedándose con una de sus camisetas en algún punto. Y él de verdad hace magia a la hora de lavar su ropa, no sabe qué o cómo, pero todo lo que se pone huele tan bien.

Julius pintó el interior de su departamento de un color decente; las paredes son azul medianoche y gris aterciopelado. Prefiere los muebles de mitad de siglo: teca, roble y patas puntiagudas. Le gustan las lámparas de mesa. Están por todas partes; hay seis en tan solo esa habitación. También tiene un reloj alto y delgado contra la pared que emite un tictac prepotente mientras Jessica se dirige ha-

cia la cocina, y después se ve otro destello blanco y ella cuenta hasta doce, y mientras el estruendo del rayo de arriba llega como una cacerola que cae a un piso de piedra, ella entra a la cocina y encuentra al gato agazapado en una esquina aterrado, con los ojos saltones y las orejas hacia atrás. Se acerca y ve que Speckles está temblando, que vibra y que está saturado de adrenalina.

Jessica no sabe qué pensar de los gatos. Siente que deberían agradarle, y ciertamente siente pena por el que tiene frente a ella en un estado actual de terror mortal, pero no sabe cómo acercarse a ellos, tocarlos o agradecerles. Estira una mano y dice:

—Escucha. Está bien, ¿de acuerdo? Esto es solo una maldita locura que la gente de allá arriba hace de vez en cuando para recordarnos que somos pequeños y sin sentido. Aguanta, gatito. Aguanta.

Speckles retrocede aún más contra la esquina y Jessica se estira para alcanzar la bolsa de comida para gato que está en la alacena arriba de él. Después se agacha para recoger el plato del piso y, mientras lo hace, otro trueno retumba y el gato se sobresalta y sale corriendo. Jessica se da la vuelta al recordar que dejó la puerta de Julius abierta.

—¡Maldición! —Suelta el plato sobre la mesa—. ¡Maldición! —Persigue al gato hacia la puerta y por el pasillo—. ¡Speckles! —Lo llama con voz más alta de lo que le hubiera gustado—. ¡Speckles! ¡Detente!

Pero él no se detiene. Piensa que puede escapar de los truenos y huye atropelladamente de ella; sus patas resbalan sobre el piso de mármol brillante y de repente se encuentra en el otro extremo

del edificio, la parte que Jessica nunca ve, donde las puertas son iguales a las de su lado del edificio, pero que le parecen tan ajenas que podrían estar en otro país. Y por ahí hay una ventana que está abierta y que quién sabe para dónde lleva. Jessica nunca había visto esa ventana. Deja escapar un grito diminuto con las manos sobre su rostro mientras ve cómo Speckles salta casi dos metros y desaparece en la oscuridad bajo el cielo color granito lleno de nubes que parecen rocas rodantes.



DOS

EL GATO BAJA corriendo dos niveles por las escaleras de incendio y ahora está sentado en una cornisa de piedra que une el edificio de Jessica con el techo del edificio contiguo. A cada lado de la cornisa existe el vacío. Jessica asoma la cabeza por la ventana y analiza la situación. Si el gato no quiere morir, necesita saltar de regreso a las escaleras de escape. Sin embargo, parece demasiado asustado como para deducir esto por sí solo mientras permanece inmóvil.

Jessica suspira. Es muy temprano para estas estupideces. Su única fuente de energía es cereal y café. Pero no puede decirle a Julius que dejó a su gato morir, entonces permite que la asquerosa transfusión suceda; la sangre, el agua, la mucosa de su cuerpo se deforma y distorsiona para convertirse en algo más parecido al diésel y el querosén, al combustible ligero y al asfalto, y casi puede olerlo y probarlo en las profundidades de su garganta. Le provoca náuseas mientras se pone de pie en el alféizar, en las alturas por encima de la calle, pero las ignora y se inclina un poco, con los ojos apretados...

... pero

... las nubes se parten y la lluvia comienza a caer, pesada y rápida, el gato cambia su postura, retrocede hacia el edificio de Jessica con la cola esponjada a causa del pánico y la furia, salta hacia la escalera de incendio y directo a los brazos de Jessica.

Entrar por la ventana con un gato mojado y alterado y después cargarlo por el pasillo no es fácil. Le araña los brazos y la cara. Se abre una puerta mientras va pasando con el gato revolcándose y retorciéndose en sus brazos. Una mujer con un bebé en su cochecito la mira de arriba a abajo tres veces con un destello de repulsión seguido de humor seco. El bebé los observa a ella y al gato con ojos desorbitados. Jessica sigue su camino.

Cuando dobla la esquina hacia el departamento de Julius, se detiene.

Una niñita está parada junto a la puerta abierta. Tiene ojos oscuros y su cabello está atado con dos rodetes, uno a cada lado de su cabeza. Lleva puesto un abrigo metálico con ribete de piel y medias rayadas. Jessica entrecierra los ojos al mirarla.

—¿Estás bien, pequeña?

La niña asiente mientras sostiene firmemente la mirada de Jessica, ignorando al furioso gato mojado que llevaba en los brazos.

—¿Dónde está tu mamá?

La niña solo la mira y no dice nada.

El cielo retumba con otro relámpago y la lluvia cae como grava contra las paredes del edificio. El gato salta de sus brazos y se esca-bulle dentro del departamento.

Jessica siente que algo le quema por dentro. Su cabeza cae hacia atrás mientras cierra los ojos. Cuando los abre de nuevo, la niña ha desaparecido.



Jessica lleva puesta una camiseta sucia y su ropa interior; no tuvo la oportunidad de bañarse o de cepillarse los dientes cuando su intercomunicador zumba cinco minutos más tarde.

—Sí —dice—. Suba.

Aprieta el botón y se pone una chaqueta negra encima de su camiseta rancia, se mete en un par de jeans y unas botas. Aún puede oler la grasa de pollo y la cerveza vieja en su aliento, pero ya es tarde para hacer algo al respecto ahora que el repiqueteo de los tacos hace eco sobre el piso de mármol en el pasillo afuera de su departamento.

Se pasa los dedos por el cabello y forma algo parecido a una sonrisa en su rostro antes de abrir la puerta.

Hay una mujer delgada frente a ella con un abrigo de lana que le llega a los tobillos. Su cabello es acaramelado y tiene un bronceado que parece provenir de algún lugar al que Jessica jamás podría llegar con su dinero.

—Hola —dice la mujer, retrocediendo al ver el aspecto de Jessica: su ropa sucia, su cabello húmedo y sus brazos y cara rasguñados, además de la habitación destartalada en el fondo—. Amber Randall. —La mujer mira el letrero en la puerta que dice Investigaciones Alias—. ¿Eres Jessica Jones?

Ella asiente.

—Claro —dice—. Sí. Entre. Lo siento.

La mujer se ve de unos cuarenta, pero podrían ser cincuenta. Es difícil saberlo con las señoras ricas.

Amber Randall sacude su paraguas en el pasillo y lo deja recargado en la pared. Al entrar, se quita su abrigo, lo dobla en tres partes con los brazos hacia adentro y lo cuelga metódicamente sobre el apoyabrazos del sofá de cuero de Jessica antes de tomar asiento. Lleva puesto un vestido de tejido negro con cuello de encaje blanco y un par de botas de cuero con suelas de caucho.

Sus ojos recorren las paredes de la oficina de Jessica, en busca de, esta última sospecha, algo bonito. Cuando sus ojos no logran encontrar nada agradable, se posan en ella.

—No eres lo que esperaba —dice Amber Randall—. Pensé que serías... —Sus manos se mueven inquietas durante un momento antes de posarse en su regazo—. No importa. Sé que tienes... Sé que eres... —Sus manos revolotean de nuevo—. Pero en realidad, no necesito eso de ti. Nada de eso. Necesito tus... *contactos*. Tus *conocimientos*. Porque creo que está pasando algo, y creo que tiene algo que ver con tu gente.

Tu gente. Ella no tiene «gente». Solo se tiene a sí misma.

—Escuche —dice ella—. De verdad no creo que...

—Escúchame —la diminuta mujer espeta antes de moderar su tono—. Escúchame. Por favor. Te necesito, Jessica. De verdad te necesito.

Jessica inclina la cabeza y estudia a la mujer que está sentada frente a ella. Sus huesos son tan delicados que sus manos parecen

pequeñas garras. Las grandes botas incongruentes le dan un aire infantil, mientras que las comisuras de su boca decaen con la fuerza de gravedad —y de la vida— que ha dejado huella.

—Dígame —dice Jessica.

Amber Randall alisa su vestido.

—Mi exesposo, Sebastian, es británico. Lo conocí cuando estudiaba danza clásica en Londres hace muchas lunas. Nos casamos y vino a vivir conmigo a Nueva York. Tuvimos a nuestros gemelos hace dieciséis años. Una niña y un niño. Lark y Fox.

—¿Lark, como una alondra, y...?

—Fox, como zorro. Sí.

—Muy bien.

—Después de que nos divorciamos, Sebastian regresó a Inglaterra, y desde entonces los gemelos van a visitarlo y se quedan con él todos los veranos durante cuatro semanas. Tiene una casa Mews en Pimlico.

—¿Pim...?

—...lico. Una zona exclusiva de Londres. Y acaba de comprar una casona en Essex —con los ojos fijos en Jessica, añade—, en el campo. Así que cada año, los gemelos se van durante un mes y usualmente pasan su tiempo en Londres. Ven a sus primos. A veces Sebastian los lleva a Francia, a las islas españolas. Después regresan conmigo y van a la escuela y, mira, *de cualquier forma*, este año pasaron todo su tiempo en la nueva casa de Essex, solo con él y nadie más. Y tengo un fuerte presentimiento de que *pasó algo*.

—¿Pasó algo?

—Sí. Llevan en casa cuatro semanas, y la cosa es que, en realidad no sé cómo explicarlo, pero desde que regresaron, cada vez estoy más y más convencida de que no son ellos. De que *ellos* no son *ellos*.

Jessica siente que una descarga de energía recorre su cuerpo y su postura cambia marginalmente.

—¿Qué quiere decir?

—Como ya dije, es difícil de explicarlo. Tienen básicamente el mismo aspecto, suenan igual, son ellos en todas las formas y sentidos. Pero... —Amber se inclina hacia adelante y su cabello acaramelado se abalanza con el movimiento— ... no creo que sean ellos. Creo que algo pasó allá durante el verano. Creo que alguien llegó a ellos. Alguien *les hizo* algo. —Se inclinó aún más—. Los reemplazó.

Jessica se permite cerrar los ojos durante un momento. Contempla la realidad de esta clase de mujer como se observa en los medios, los programas de televisión y artículos en los periódicos: una mujer adinerada de mediana edad que su esposo rico abandonó como basura. Una mujer llena de resentimiento, posiblemente, gracias a una nueva novia o a una segunda esposa que está destinada a ser más joven y bella, y gracias a la nueva vida en la que sus hijos han estado sumergidos durante cuatro semanas, que ahora regresan a ella, sin duda, con historias exageradas de experiencias de las cuales Amber Randall no fue partícipe. Se imagina la toxicidad en cada rincón de la vida de Amber Randall, y puede ver la toxicidad en juego ahora mismo con esta idea de que su exesposo reemplazó de alguna forma a sus hijos. Abre los ojos de nuevo y mira a Amber abiertamente.

—Escuche —dice con un suspiro—. Esto suena, no lo sé, un poco complicado. Suena a que tal vez usted y su ex...

—¡No! —Amber azota las manos sobre el sofá de cuero—. No. Esto no tiene nada —*nada*— que ver con nuestro divorcio. Nuestro divorcio fue amistoso. Le tengo mucho cariño a Sebastian. Es un hombre muy amable.

Jessica alza una ceja y asiente.

—¿Puede darme algún ejemplo del comportamiento de sus hijos, o algún evento en particular que le haya llevado a esta conclusión?

—Sí. Sí, puedo. Fox es un chico muy apuesto y, bueno, comienza a darse cuenta de eso. Es un poco vanidoso. Y particular. Y tiene una forma de tocarse el cabello. Así. —Amber se toca el cabello con sus dedos diminutos. —Cada vez que pasa por un espejo. Y siempre se está tomando selfis, y siempre sonrío de la misma forma y hace la misma pose y mira a la cámara igual, pero desde que regresó, ya no hace nada de eso. Se pasa de largo los espejos sin siquiera mirarlos. No usa su teléfono para tomarse selfis. Nunca toca su cabello y, podría jurarlo, antes siempre se pasaba los dedos por el cabello. Y Lark, ella es una chica tímida y tiene algunos hábitos nerviosos: se muerde el interior de las mejillas con frecuencia. A veces presiona su mejilla con un dedo mientras lo hace; es parte de su personalidad, es parte de ella. También se quita los pellejitos del rededor de sus uñas y hace pedazos el papel. Y desde que regresó, no hace nada de eso. Sus manos están... quietas. Ambos siempre están tan quietos.

Amber termina de hablar y Jessica titubea antes de responder.

—¿Han tenido algún tipo de terapia? ¿En el Reino Unido, tal vez? —Jessica se arriesga a decir—. ¿Como algún tipo de terapia cognitivo-conductual o algo por el estilo?

—No. —Amber Randall suena exasperada—. Nada por el estilo. Créeme, soy terapeuta. Lo sabría. Y ellos me lo habrían dicho. ¿Y por qué lo harían de cualquier forma? Son niños completamente normales.

—¿Pasó algo? ¿Algún trauma?

—No. Escucha. Por favor, deja de tratar de darme una explicación racional. Si hubiera una explicación racional, ¿crees que estaría sentada aquí hablando contigo? Y otra cosa: su piel. Ambos tenían el mismo tipo de complexión adolescente antes de irse, y Lark tenía una cicatriz muy pequeña justo arriba de la ceja, de la varicela, y desde que regresaron, sus complexiones son... son *perfectas*.

Jessica hace una mueca.

—¿Tal vez el aire en Inglaterra es más limpio?

—No, Jessica. *No*. El aire en Inglaterra *no* es más limpio. *No* han tenido terapia cognitivo-conductual. Esto es... *mira*. Tal vez esto no sea una buena idea. —Amber Randall se pone de pie y toma su abrigo de lana—. Tal vez deba encontrar a alguien que...

—¿Qué quiere de mí?

La mujer deja caer el abrigo.

—Quiero que vayas a Inglaterra y descubras qué fue lo que pasó cuando fueron ahí durante el verano.

Jessica se estremece un poco.

—¿Quiere que vaya a Inglaterra?

—Sí.

—Quiero que sepa que no tengo pasaporte.

Amber mira a Jessica con ojos desorbitados y suspira.

—¿Es en serio?

—Sí, es en serio. Nadie nunca me ha llevado a ningún lugar donde necesite uno.

—Dios mío. Pero tienes un acta de nacimiento, ¿cierto?

—Sí, tengo un acta de nacimiento.

—Bueno, entonces podemos solucionarlo.

Jessica parpadea.

—Tengo muchas cosas que hacer.

Eso no es del todo cierto. Jessica acaba de terminar un caso hace dos días y no tiene nada en particular que hacer.

Amber asiente, como si presintiera que estaba por cerrar un trato.

—Puedo pagar tu tarifa por hora y más. Además de un anticipo generoso.

Jessica entrecierra los ojos. Tiene 128 dólares en su cuenta bancaria en ese momento.

—Déjeme pensarlo.

Amber suspira.

—Por favor, no lo pienses. Solo hazlo. Ya no puedo vivir así ni un minuto más. Me está matando este sentimiento de que vivo con unos... extraños. ¿Siquiera son mis hijos? Y si no son mis hijos, entonces, ¿dónde están en realidad? ¿Qué les está pasando?

Después de un momento, Jessica comienza a sentir cómo se libera de forma suave y enfermiza su consentimiento.

—Está bien —dice ella—. Muy bien. Lo haré. Pero necesito el anticipo. Me refiero a ahora.

—¿Cuánto?

Pasa otro momento antes de que Jessica diga:

—Cinco mil.

Un destello cruza los ojos de Amber al darse cuenta de que la están estafando, pero sonrío y dice:

—Es un trato. Estará en tu cuenta esta misma tarde. Nos veremos mañana para discutir nuestra estrategia. —Le lanza una mirada breve a la oficina de Jessica—. Ven a mi club. El Finch. Este y Veintisiete. A las diez de la mañana. Y tal vez podrías... —Señala vagamente la camiseta de Jessica.

—Sí, tengo ropa limpia, gracias.

Jessica cierra la puerta detrás de Amber Randall un minuto más tarde y mantiene su cuerpo presionado contra ella hasta que escucha el zumbido y el chasquido del elevador, seguido por la vibración de su descenso hasta el nivel de la calle. Después se desliza hasta llegar al suelo, baja la cabeza hacia su pecho y emite un quejido.

¿Qué demonios acaba de aceptar?



Hace treinta y ocho años Harlem, NY

Ophelia se desliza hacia el taburete del bar casi vacío. La luz dorada de las primeras horas de la noche atraviesa las ventanas sucias y le brinda una sensación mágica al lugar desaliñado. Un hombre delgado está encorvado sobre una máquina de juegos en la esquina, un hombre menos delgado está sentado a la mesa junto a la ventana hojeando un periódico, aunque no parece estar leyéndolo. Ella mira fijamente al hombre detrás de la barra. Lleva una camiseta gris debajo de una camisa a cuadros y jeans. Tiene amarrado su cabello largo y la mano metida en una jarra de vidrio mientras le saca lustre al exterior con un trapo.

—¿Qué te sirvo? —le pregunta él.

Ophelia tiene el presentimiento —la seguridad— de que este es el hombre que ha estado buscando: el único que puede salvarla.

Por fin.

Sonríe y responde:

—¿Me podrías preparar un tequila *sunrise*? Gracias.

—¡Ah! —dice el barman—. ¡Una británica!

—Sí. Sí, lo soy.

—¿De dónde eres?

—Ah, de todas partes, en realidad. Pero nací en Portsmouth. En la costa sur.

—Qué bien.

Le da la vuelta a la jarra limpia y la acomoda en el estante que está a sus espaldas antes de ponerse a preparar el cóctel. Ella lo

observa. Es de espalda ancha, caderas angostas y orejas que sobresalen un poco de su cabeza. Es alto y a ella le gusta la forma en la que se mueve. Mientras lo mira, se percata de la canción que se escucha de fondo.

Su piel es perfecta...

Le parece que ya la había escuchado antes.

Pómulos como la geometría, ojos como pecados...

El barman se vuelve una vez más y a ella le impresiona lo perfecto que es. Seguiría su aroma a través del océano entero para encontrarlo, y aquí está, de pie ante sus ojos como si fuera el tipo más normal del mundo. Nadie jamás adivinaría lo que lo excita, piensa ella, nadie pensaría eso de él. Solo ella sabe la verdad sobre él.

Como si leyera sus pensamientos, él le sonrío y le dice:

—Entonces, ¿qué te trae a Nueva York?

—Ah, solo la aventura. La diversión. Nunca había venido, siempre tuve el deseo de hacerlo.

—Pues, bienvenida a La Ciudad Que Nunca Duerme —dice él mientras sirve tequila en un vaso alto—. Es muy bueno tenerte aquí.

Lo contempla durante un momento y después se inclina sobre la barra.

—He esperado esto toda mi vida.

—Vaya. —Él alza una ceja—. Es una declaración muy osada. Entonces será mejor que te prepare un excelente cóctel.

Ella le sonrío. Él no tiene idea, piensa, cuánto exactamente ha esperado esto. No tiene ninguna idea.

Él vierte jugo de naranja sobre el tequila y los mezcla. Después su mano alcanza la granadina del estante de atrás. Es de un rojo brillante y fresco. Ella mira cómo la granadina atraviesa el jugo de naranja y se asienta lentamente en el fondo del vaso.

Sus ojos se posan en él y sonríe.

—Parece sangre, ¿no es cierto?

La mirada de él se enfoca en la de ella y un destello de deseo ilumina sus ojos.

—Sí —le dice a Ophelia—. Supongo que sí.